The picture of Dorian Grey.

The studio was filled with the rich odour of roses, and when the light summer wind stirred amidst the trees of the garden, there came through the open door the heavy scent of the lilac, or the more delicate perfume of the pink-flowering thorn.

From the corner of the divan of Persian saddle-bags on which he was lying, smoking, as was his custom, innumerable cigarettes, Lord Henry Wotton could just catch the gleam of the honey-sweet and honey-coloured blossoms of a laburnum, whose tremulous branches seemed hardly able to bear the burden of a beauty so flamelike as theirs; and now and then the fantastic shadows of birds in flight flitted across the long tussore-silk curtains that were stretched in front of the huge window, producing a kind of momentary Japanese effect, and making him think of those pallid, jade-faced painters of Tokyo who, through the medium of an art that is necessarily immobile, seek to convey the sense of swiftness and motion. The sullen murmur of the bees shouldering their way through the long unmown grass, or circling with monotonous insistence round the dusty gilt horns of the straggling woodbine, seemed to make the stillness more oppressive. The dim roar of London was like the bourdon note of a distant organ.

In the centre of the room, clamped to an upright easel, stood the full-length portrait of a young man of extraordinary personal beauty, and in front of it, some little distance away, was sitting the artist himself, Basil Hallward, whose sudden disappearance some years ago caused, at the time, such public excitement and gave rise to so many strange conjectures.

As the painter looked at the gracious and comely form he had so skilfully mirrored in his art, a smile of pleasure passed across his face, and seemed about to linger there. But he suddenly started up, and closing his eyes, placed his fingers upon the lids, as though he sought to imprison within his brain some curious dream from which he feared he might awake.

"It is your best work, Basil, the best thing you have ever done," said Lord Henry languidly. "You must certainly send it next year to the Grosvenor. The Academy is too large and too vulgar. Whenever I have gone there, there have been either so many people that I have not been able to see the pictures, which was dreadful, or so many pictures that I have not been able to see the people, which was worse. The Grosvenor is really the only place."

"I don't think I shall send it anywhere," he answered, tossing his head back in that odd way that used to make his friends laugh at him at Oxford.

"No, I won't send it anywhere."

Lord Henry elevated his eyebrows and looked at him in amazement through the thin blue wreaths of smoke that curled up in such fanciful whorls from his heavy, opium-tainted cigarette. "Not send it anywhere? My dear fellow, why? Have you any reason? What odd chaps you painters are! You do anything in the world to gain a reputation. As soon as you have one, you seem to want to throw it away. It is silly of you, for there is only one thing in the world worse than being talked about, and that is not being talked about. A portrait like this would set you far above all the young men in England, and make the old men quite jealous, if old men are ever capable of any emotion."

"I know you will laugh at me," he replied, "but I really can't exhibit it. I have put too much of myself into it."

El estudio estaba lleno del rico aroma de las rosas, y cuando una ligera brisa estival se agitó entre los árboles del jardín, trajo por la puerta abierta el pesado aroma de las lilas mezclado con el más delicado olor de los rosados espinos en flor.

Desde un rincón del diván, sobre el que se hallaba recostado entre almohadones persas, fumando innumerables cigarrillos, según su costumbre, lord Henry Wotton divisaba precisamente el brillo de los dulces capullos color miel de un citiso, cuyas trémulas ramas parecían soportar con dificultad el peso de belleza tan esplendorosa; y de vez en cuando, las fantásticas sombras de los pájaros fugaces revoloteaban a través de las largas cortinas de seda, corridas sobre la amplia ventana, que producían como un momentáneo efecto japonés, haciéndole pensar en esos pintores de caras de pálido jade de Tokio que, por medio de un arte necesariamente inmóvil, intentan expresar el sentido de la velocidad y del movimiento. El monótono zumbido de las abejas, buscando su camino entre la larga hierba sin cortar o describiendo círculos con machacona insistencia en torno a las polvorientas bayas doradas de una apartada madreselva, parecía hacer más opresiva la calma. El confuso estruendo de Londres era como el registro de un órgano lejano.

En el centro de la habitación, sujeto sobre un recto caballete, estaba el retrato en tamaño natural de un joven de extraordinaria belleza y, enfrente, un poco alejado, se hallaba sentado el artista, Basilio Hallward, cuya súbita desaparición, algunos años antes, había causado por aquellos días, tanta inquietud pública y levantado tantas conjeturas.

Mientras el pintor contemplaba la graciosa y gentil figura que con tanta destreza había reproducido su arte, una sonrisa de placer cruzó su cara y pareció permanecer en ella. Pero, de repente, se estremeció y, cerrando los ojos, puso sus dedos sobre los párpados, como si quisiera aprisionar en su cerebro algún extraño sueño del que temiera despertar.

-Esta es su mejor obra, Basilio, lo mejor que ha hecho usted jamás -dijo lord Henry lánguidamente-. Tiene usted que enviarla el año que viene a la Exposición de Grosvenor. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Siempre que he ido allí había tanta gente, que no me ha sido posible ver los cuadros, o bien, tantos cuadros que no he podido ver a la gente, lo cual era peor. Grosvenor es realmente el único lugar.

-No creo que envíe este cuadro a ningún sitio -respondió el pintor, echando hacia atrás la cabeza de aquel modo tan original que hacía que se burlasen de él sus amigos de Oxford-. No; no lo mandaré a ningún sitio.

Lord Henry enarcó las cejas, mirándole asombrado entre las azules espirales de humo que se rizaban caprichosamente al brotar de su cigarrillo penetrantemente opiado.

-¿Que no piensa enviarlo a ninguna parte? ¿Y por qué, mi querido amigo? ¿Puede darme alguna razón? ¡Qué tipos tan originales son ustedes los pintores! Mueven el cielo y la tierra por ganarse una reputación y, en cuanto la consiguen ; parece como si quisieran desembarazarse de ella. Es una estupidez por su parte, porque sólo hay una cosa en el mundo peor que ser el tema de las conversaciones y es que no hablen de uno. Un retrato como éste le situaría a usted por encima de todos los jóvenes de Inglaterra y despertaría los celos de todos los viejos, si es que los viejos son capaces de sentir alguna emoción.

-Ya sé que usted se reirá de mí -replicó el pintor-, pero realmente no puedo exhibirlo. He puesto en él demasiado de mí mismo.